

HISTORIA Y GRAFÍA, SIETE AÑOS DESPUÉS*

Guillermo ZERMEÑO
El Colegio de México

HISTORIA Y GRAFÍA CUMPLIÓ SIETE AÑOS DE VIDA en el año 2000 recién concluido. ¿Cómo abordar una historia del tiempo presente, a partir de una publicación periódica, en la que no se tiene la distancia temporal “adecuada” y en la que en buena parte se está implicado? ¿Cómo tratar un *continuum* en el que es posible identificar un comienzo, pero no su término, atisbar una trayectoria más no su finalización? Una revista en proceso sólo puede referirse a sí misma como un movimiento. Sin embargo, es posible hacer un corte dentro de ella misma al considerarla como un documento para la historia reciente de la historia en México. Si bien es una publicación en marcha, es asimismo ya parte de la historia. Es un objeto en movimiento que ha ido recogiendo algunas formas del hacer de una comunidad intelectual, en este caso, de la comunidad interesada en captar el curso y el pulso de la escritura de la historia y del pensamiento asociado a esta práctica.

* El presente ensayo forma parte del proyecto colectivo de investigación, “El impacto de la cultura de lo escrito en la historia de México, siglos XVI-XX. Una aproximación desde la historia cultural”, financiado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. Quiero agradecer también la invitación del doctor Javier Garciadiego, director del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, para realizar este trabajo sobre *Historia y Grafía*.

Se puede realizar este doble ejercicio —de inventario y de revisión— mediante el recuerdo, vivencial y documental. Una de las peculiaridades de esta publicación fue y ha sido, precisamente, poner atención en las distintas “grafías” o representaciones que el recuerdo y su elaboración, por medio de muy diversos materiales, puede ir tomando y ha tomado. Esta posición presupone, de entrada, confrontar el sentido de realidad con el que la historia ha venido trabajando en general. La historia canónica construyó y estableció un sentido de realidad que partió de la distinción entre lo observado y el observador. De modo que en sus investigaciones, el historiador sólo tenía que salir al encuentro de lo que previo a su observación estaba ya básicamente constituido. Así, tras su excursión por la “realidad del pasado”, sólo tenía que dar cuenta de lo visto tal como éste se le presentaba.¹ Lo que este modelo desatendió o no profundizó debidamente fue el mundo de los pre-juicios que forman parte inevitablemente de la valoración y juicios que emitimos sobre las cosas de la que está hecho el mundo social.

La historiografía moderna, basada en un fuerte impulso romántico, pensó que era posible reconstruir, desde el origen, sin pre-juicios, la visión del mundo y su accionar sobre él. Al intentar suprimir el peso de la tradición o el mundo del pre-juicio se arriesgó a que la tradición y el pre-juicio reaparecieran con más fuerza en el presente mismo de su escritura. No siendo suficientes las buenas intenciones o el sentido común para aproximarse pulcra o higiénicamente al pasado. Al considerar el pre-juicio como una condición sin la cual no hay escritura moderna de la historia, es verdad que se abre una grieta en la aparente solidez sobre la que se ha construido buena parte del discurso histórico. Una “nueva historia” (no tan nueva, finalmente) ha vuelto a poner énfasis precisamente en aquello que sin saberlo antecede a sus formas de mirar; que trata de no dejar fuera aquellos márgenes que an-

¹ Se trata de una fórmula con la cual me remito a las batallas emprendidas por el historiador Edmundo O’Gorman contra esa clase de ontología de corte empirista.

teceden, pero dan forma a la acción, al hacer y al decir humanos. Por otro lado, la posibilidad de una escritura historiadora como reflejo de la realidad del pasado ha tendido a desvanecerse todavía más, debido sobre todo, aunque no exclusivamente, a la expansión de los medios electrónicos de comunicación y sus efectos (aun poco conocidos) en el terreno privilegiado por la historiografía científico-romántica: el de la escritura. Es una de las cuestiones que ha marcado crecientemente la reflexión contemporánea de la historia.

Si algo distingue a *Historia y Grafía* tal vez sea su intento de pensar de nuevo, con mayor radicalidad, lo que significa para una sociedad determinada tener que maniobrar con su tradición, o mejor, con sus tradiciones. En el caso de la historia con toda esa clase de restos que el pasado ha ido dejando y que el presente va arrastrando consigo. Restos que no son simples cosas inertes, como si fueran naturalezas muertas, sino ingredientes básicos para comprender el flujo temporal de las relaciones sociales que se tejen, y mediante las cuales se constituye toda existencia y obra humana; de presentes englobados inextricablemente por pasados y futuros; presentes, los del historiador, que llegan a sus materiales cargando sobre sí sus pre-juicios, y al mismo tiempo, cargado de deseos implicados en sus expectativas.

Si la consideración del pre-juicio como condición para advertir lo que se observa es adecuada y necesaria, el mundo comienza ya no a verse como necesario o como esencia —lo cual es la aspiración de la ciencia histórica moderna separada de sus formas teológicas y providencialistas. Entonces todo lo observado por el historiador se vuelve contingente, y por lo tanto, susceptible al diálogo o conversación interminable, sin más límite que aquel que los participantes le impongan. En ese momento la escritura de la historia se convierte en una tarea que compete a la responsabilidad y ética de sus participantes.

Si las reglas o métodos que dejaban fuera la consideración del pre-juicio en la investigación del pasado con el fin de acceder pura y virginalmente al pasado, tenían una función, se debía precisamente al intento de reducir la complejidad al acotar los márgenes de incertidumbre en la

comunicación entre los interesados. Si esas reglas basadas en la supresión del pre-jucio han conducido a la contemplación de un pasado inerte, que más que comunicar informa de hechos cuya relación con el presente no es evidente del todo, entonces el reto que *Historia y Grafía* se planteó resulta ser bastante complejo. ¿Cómo construir de manera colectiva nuevas reglas que propicien y faciliten, sin trivializar, la comunicación entre los interesados en la historia, independientemente de su proveniencia disciplinaria o especialidad? De ahí la intención implícita de separar los términos de la Historia (patrimonio de todos y cada uno de los seres humanos) y de la multiplicidad de formas que ha tomado en el pasado y que se puedan producir en el presente. Obviamente se trata de una tarea enorme que ni siquiera *Historia y Grafía* pretendería abarcar, sino simplemente prestarse como un foro entre otros para debatir y reflexionar, sobre las nuevas tareas críticas de la historiografía contemporánea.

Al centrar la cuestión en el mundo del prejuicio, simplemente se intentaba indicar que, a pesar de las buenas intenciones, éste nunca desaparece de los juicios que hacemos sobre el pasado. Por lo mismo se convierte en uno de los ejes centrales de la construcción de una nueva epistemología histórica, que no consiste en el regreso a formas anteriores, sino a la reconsideración crítica y actualizada de apuntamientos que fueron quedando por aquí o por allá, un tanto desplazados. En suma, es una invitación a revisar la vía que fue abriéndose e imponiendo a todos aquellos interesados en dedicarse de manera profesional tanto a la enseñanza como a la investigación históricas.

Una revisión histórica de los primeros siete años de una publicación periódica no puede ser sino un acto reflexivo a partir de su actividad y de sus resultados. Hasta el momento actual *Historia y Grafía* ha publicado quince números. El primero de éstos apareció durante la segunda mitad de 1993 y el último a fines del año 2000; con una periodicidad bianual y un promedio de 280 páginas por número. La revista abrió con un tiraje de 500 ejemplares que

se amplió a 600 a partir del segundo volumen, a 700 con el cuarto y a 800 con el sexto, en donde se ha estabilizado. En vez de publicar una revista para permanecer en el almacén universitario se intentaba salir al encuentro de lectores reales e interesados, y de acuerdo con su recepción, ir creciendo. Cabe anotar al respecto que en 1966 obtuvo el *IV Premio Arnaldo Orfila Reynal* a la Edición Universitaria en la categoría de Revista de Investigación, y en 1997 fue aceptada en el *Índice de Revistas Mexicanas de Investigación Científica y Tecnológica de Conacyt*.

A la aparición de la revista le antecedió un trabajo de preparación intensa que se inició en 1992. Se conformó un Consejo de Redacción integrado por miembros de tiempo del Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana y por un Comité Editorial de carácter plural, tanto intra como interdisciplinariamente, por sus enfoques y metodologías, como por sus instituciones de origen. Como revista académico-universitaria se intentaba convertirla en un marco de referencia para las tareas de docencia e investigación, pero también para elevar y fortalecer el diálogo académico en el sector interno como en el externo del ámbito universitario. Con el fin de asegurar la calidad y la garantía de continuidad y seguimiento puntual del proyecto se determinaron reuniones quincenales para los miembros del Consejo de Redacción, operadores últimos de la publicación.

El proyecto original de la revista dividió su formato de colaboraciones en tres grandes rubros: el de "expedientes" dedicados a un tema de investigación y/o reflexión; una sección de ensayos varios, y finalmente una sección de reseñas críticas. Este repertorio se ha enriquecido con la inclusión de nuevos rubros, como son los obituarios, las entrevistas, la sección de debates, cartas al lector y una sección de Memoria del Cine. Ha contado con dos directores durante este periodo y desde sus inicios se planteó como una revista representativa de lo que se piensa y se hace en el departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana.

La concepción de la revista está inscrita en su mismo título. Toma como eje las polaridades, las escisiones que definen

el mundo contemporáneo. Principalmente la que hay entre la historia que los humanos han hecho y hacen todos los días, y las diversas formas que han construido y siguen construyendo para conservar y producir su memoria. De ahí parte la atención que esta publicación intenta prestar a las diversas “grafías” o formas en que la memoria (escrita, oral e icónica) se va convirtiendo en un referente necesario para el actuar del presente. En este sentido *Historia y Grafía* se inserta en el debate contemporáneo de y sobre la cultura.

Esta publicación partió de una inquietud, manifiesta en el seno de las universidades al menos desde los años setenta, cuando la crónica de los historiadores mexicanos comenzó a acercarse más intensivamente a las aportaciones teóricas y conceptuales de otras disciplinas afines, como la sociología y la antropología, el psicoanálisis, la semiótica y la lingüística. Estos acercamientos interdisciplinarios se han venido sedimentando, se podría afirmar, alrededor de las ciencias de la comunicación y de la información. Tarde o temprano el historiador no puede rehuir el problema acerca de lo que significa leer o interpretar textos engarzados en diversos tipos de lenguajes —unos más ajenos que otros— y géneros comunicativos muchos de ellos en desuso. La relación del historiador con los textos y su multiplicidad de formas o “grafías”, reabrió el viejo problema acerca del alcance y los límites de la verdad del pasado producida por los historiadores.

El siglo XIX basó su epistemología básicamente en el problema que consistía en saber cómo descifrar adecuadamente textos-documentos-escritos. El siglo XX con la ampliación de las formas de comunicación —desde el telégrafo, pasando por el teléfono y la radiofonía, hasta la actual revolución de la cibernética— ya no sujetas en exclusividad a la escritura y el proceso de alfabetización clásicos, ha conducido a una confrontación teórica de mayor envergadura que la que se dibujó cuando se estableció el código de la historiografía científica en el siglo XIX.² Este hecho requiere ser clarifica-

² Una primera aproximación se encuentra en MENDIOLA y ZERMEÑO, 1995, pp. 245-261.

do y discutido. Hay muchas razones para pensar que actualmente está en juego una nueva confrontación entre varias formas de construcción de la memoria, o del sentido de "lo histórico". A un tipo de construcción moderna de la memoria histórica basada en una escritura científica se ha sumado una memoria en ciernes mucho más compleja y abierta que la reducida a los signos de escritura. La discusión en torno a las memorias posibles, actuales y futuras, enfrenta a la historia que se practica a retos mayores que los vislumbrados por nuestros ancestros fundadores.

Si la noción de verdad histórica a la luz de la explosión informativa y comunicativa del siglo XX ha dejado de ser satisfactoria, ¿cómo fundamentar ahora el saber que el historiador produce socialmente cuando habla o escribe sobre un pasado o un evento o conjunto de eventos determinados, cualquiera que sea su contenido? Debido al impacto mediático esa lucha social en torno a la construcción de la memoria colectiva contiene una fuerte disputa en el ámbito de la cultura o comprensión de la sociedad en la cual se vive y por la cual se piensa como se piensa.

La historia es ante todo una forma de representación de eventos y acontecimientos del pasado, significativos para el presente, efectuada mediante operaciones técnicas y cálculos racionales. Esta recuperación está enmarcada por el pluralismo, pues al igual que el tiempo presente, el pasado está marcado por trayectorias diversas que se entrecruzan y modifican. Al inscribir el pasado en el presente, los historiadores hacen historia, y colaboran en la construcción y reconstrucción de la memoria histórica, es decir, de la cultura y de sus formas de comunicación. Como saber inscrito entre dos tiempos, y como portadora de la diversidad, cada historia viene a poner a prueba las verdades consabidas del presente, planteándole cuestiones sobre las relaciones sociales y la calidad de los procesos comunicativos a partir del pasado.³

³ Véase CERTEAU, 1995.

Al enfrentar el reto de la historia —lo propio de los historiadores y las posibilidades de su representación, se estaba retomando una problemática incubada en la misma tradición historiográfica mexicana reciente. Esta idea se puede explicar mejor si se repasan, aunque sea someramente, las condiciones en que el Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana (UIA) se integró a la vida histórico-académica nacional. Un periodo marcado por la ampliación de la matrícula universitaria, en la que un dato significativo fue la incorporación creciente de la mujer en la educación superior. También ayuda a entender su proceso de maduración si se considera que la carrera de historia en la (UIA) contó entre sus profesores desde sus inicios a maestros distinguidos de la UNAM; y, posteriormente, de El Colegio de México, en especial, cuando su programa de posgrado comenzó a desarrollarse a principios de la década de los setenta.⁴

Historia y Grafía se puede explicar a partir de un triple contexto: el de la Universidad Iberoamericana, el de la historiografía mexicana y el de la evolución de la historiografía occidental de la posguerra. Primero, surge durante la etapa en que la nueva historiografía de corte universitario prácticamente se ha consolidado en sus enfoques y formas de trabajo, e inicia su expansión en otros ámbitos como el de la UIA; segundo, el del momento de la expansión de los posgrados en México que coincide con la apari-

⁴ La lista es demasiado larga. Mencionaré sólo algunos de los historiadores que tuvieron parte activa desde un principio y señalaré algunos de los que vendrían a apoyar como docentes o como directores de seminarios de investigación poco después: Eduardo Blanquel (1961-1969), Rosa Camelo (1959-1960), Tarsicio García (1961-), Cristina González Ortiz (1964-1968), Bertha Ulloa (1958), Andrea Sánchez Quintanar (1963-1973), Beatriz Ruiz Gaytán (1961-1986), Norma de los Ríos (1964-1969), José María Luján Asúnsolo (1959-1963), Josefina Z. Vázquez (1959-1962), Alicia Huerta (1959-1974), Ernesto de la Torre Villar (1960-1976). Poco después se incorporaron Moisés González Navarro (1968-1978), Luis González y González (1969-1971), Edmundo O'Gorman (1971-1995), Andrés Lira (1971-1973), Bernardo García Martínez (1971-1973), Elías Trabulse (1971-1974), José Antonio Ortega y Medina (1971-1975) y Gloria Villegas (1969-1972).

ción de lo que ahora se conoce como la crisis de los paradigmas en las ciencias sociales y de las humanidades. Es un periodo que muchos habrán experimentado como una etapa de dudas e incertidumbres frente a los modelos heredados. Es un fenómeno que de ninguna manera es exclusivo de un lugar o país en particular ni de una disciplina o institución específicos.

La carrera de historia en la Universidad Iberoamericana⁵ fue fundada en 1957 por el Dr. Manuel Ignacio Pérez Alonso S. J., entonces rector de la Universidad y egresado del posgrado de historia de la Universidad de Georgetown. La carrera inició los cursos de licenciatura con muy pocos estudiantes —apenas ocho alumnas— en enero de 1958. Debido al interés del doctor Pérez Alonso de fundar un instituto de historia en Nicaragua, su país de origen, el 8 de julio de 1961, se despidió, le sucedió en la dirección de la Escuela de Historia la doctora Josefina Vázquez Vera, quien estuvo en el cargo hasta su relevo por parte de Alicia Huerta a partir del 16 de agosto de 1962. Algunas de las primeras estudiantes⁶ se fueron incorporando relativamente pronto como docentes de la carrera, además de contar desde sus comienzos con historiadores ya reconocidos como el jesuita José Bravo Ugarte, quien enseñó en la Ibero desde 1958 hasta su muerte en 1968.

⁵ Parte de la información proviene de conversaciones tenidas con el doctor Pérez Alonso S. J. y con la doctora Josefina Vázquez a quienes va mi agradecimiento. También he consultado diversos documentos como la *Reseña del Departamento de Historia* (UIA, 1986) preparada por Susana Alcántara. El origen de lo que será la Universidad Iberoamericana se encuentra en el Centro Cultural Universitario fundado por los jesuitas en 1943. Este centro adoptó el título de Universidad Iberoamericana en 1952, pero fue hasta dos años después cuando la Universidad Iberoamericana apareció como se le conoce hoy. Siendo rector de la UIA el doctor Pérez Alonso fundó y dirigió la carrera de historia. En 1962 la UIA inauguró sus instalaciones en la Campestre Churubusco, mismas que fueron devastadas por el terremoto de 1979. En 1981 se oficializó el reconocimiento de sus estudios en el ámbito nacional que le permitió iniciar la creación de nuevos planteles en el interior de la República. Finalmente en 1988 fue inaugurado el nuevo plantel Campus Santa Fe de la ciudad de México.

⁶ Véanse Norma de los Ríos y Cristina González Ortiz.

La apertura del programa de posgrado en la década de los setenta ayudó indudablemente a impulsar la investigación —hasta ese momento la carrera se orientaba de manera fundamental a la formación de docentes para la educación media— y a la formación de lo que hoy es uno de los más importantes acervos históricos en el ámbito universitario. El programa de posgrado y la formación de Acervos Históricos de la UIA fueron la base del desarrollo del programa editorial. Si bien modesto en sus inicios, paulatinamente fue creciendo el caudal e importancia de sus publicaciones. En ese marco, como parte del Instituto de Investigaciones Humanísticas comenzó a publicarse en 1973 el *Anuario de Humanidades*,⁷ que tomó como modelo en buena parte al *Anuario de Historia* publicado por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM desde 1961, el historiador Juan Ortega y Medina, fue el editor responsable hasta 1978. Después de la labor realizada por Beatriz Ruiz Gaytán y Tarsicio García —quienes fueron impulsores de los programas de posgrado y editorial en sus inicios—, el Departamento de Historia recibió un impulso definitivo durante las administraciones de Teresa Franco y Cristina Torales en el campo de la investigación y de la difusión.

Por otro lado, la historiografía occidental experimentó durante esos años un nuevo impulso revisionista, a la generación salida del movimiento estudiantil de 1968. La historia de los *Annales* o los debates historiográficos alemanes o estadounidenses es una buena muestra de estas tendencias.⁸ En nuestro país, aun cuando las ciencias sociales,

⁷ El primer número del *Anuario* publicado por el Instituto de Investigaciones Humanísticas apareció con sendos artículos de Ernesto de la Torre Villar, Juan Ortega y Medina, Ernesto Lemoine, Xavier Cacho, Estela Zavala y Moisés González Navarro. En 1974 se reimprimió la *Supervivencia política novohispana* de Edmundo O'Gorman. En total se publicaron ocho Anuarios, el último fue de 1984-1985. Para una ampliación de las publicaciones del Departamento hasta 1994, un año después de que apareció el primer número de *Historia y Grafía*, se puede consultar el *Catálogo*, 1994.

⁸ Algunas de estas tendencias han sido recogidas en trabajos de DÖSE, 1887; NOIRIEL, 1996; NOVICK, 1997, e IGGERS, 1997.

en cierto modo, impusieron a la historia la necesidad de incluir “marcos teóricos” en sus investigaciones, la consideración de la “teoría” muchas veces seguía confundiendo con la “filosofía”, y no logra prosperar del todo, debido, en parte también, a los excesos a los que pudo haber llevado la aplicación de marcos de explicación sociológica demasiado⁹ rígidos o en proceso de desacreditación. En la década de los ochenta hubo cierto regreso de las tendencias empiristas, que dejó a la historiografía en una suerte de *impasse* sin permitir un mayor diálogo y discusión intra-académicos. Por el contrario, la disciplina tendió crecientemente a la fragmentación y a la multiplicación de subespecialidades o creación de pequeños círculos de “iniciados”.

Se trata obviamente de una esquematización muy rápida porque no hay institución en la que al mismo tiempo no se estuvieran librando pequeñas o grandes luchas respecto a las nuevas definiciones acerca del papel de las ciencias sociales y humanidades, incluidos la revisión de sus planes de estudio o la apertura de nuevos programas. La Ibero tampoco era la excepción. En 1990 comenzó a circular una pequeña publicación que llamaría muy pronto la atención por su sobriedad, elegancia y su manera de enfocar la actividad poética. *Poesía y Poética*, dirigida por Hugo Gola y respaldada por un puñado de maestros y alumnos, presentaba algo novedoso en el panorama editorial de la Ibero: mostrar sobre la blancura de sus páginas la posibilidad de conjuntar el acto de escribir con la reflexión sobre su práctica. Su aparición significó, a mi parecer, un estímulo para intentar lo que parecía imposible: la formación de una nueva revista de historia animada también por el interés mostrado por algunos maestros y la mayoría de los alumnos de posgrado. En la memoria y en sus escritos estaba también la presencia del historiador jesuita francés, Michel de Certeau.¹⁰

⁹ Véase FLORESCANO, 1995.

¹⁰ Michel de Certeau impartió dos cursos en la Universidad Iberoamericana: el primero en febrero 18-29 de 1980 sobre “La historia, hoy” y, el segundo, en mayo 11-25 del año siguiente sobre “Fotografía e historia. Lo que va del documento al método de análisis”.

Finalmente, no sin dudas y un cierto escepticismo, *Historia y Grafía* surgiría en 1993 como una empresa colectiva de autoesclarecimiento acerca de lo que corresponde a la historia realizar y las tareas que debe enfrentar en el momento actual. Nació con la frescura de saberse que llega por la puerta trasera, cuando el tren de la historia ya está en marcha, sobre rieles más o menos bien establecidos y que la condicionan y determinan a ser parte de la tradición en la que se incrusta. La de la Ibero, pero también la de la historiografía mexicana, que desde el momento de su profesionalización e incorporación en los centros universitarios del país en los años cuarenta, estuvo abierta al diálogo con otras tradiciones.

Así, no es gratuito que el primer número estuviera dedicado a la recuperación de la memoria de ese historiador francés, Michel de Certeau, de quien Michel Foucault dijo alguna vez, que sin grandes alardes publicitarios, era el mejor entre todos ellos. Se recupera su paso por México —no sólo estuvo en la Universidad Iberoamericana— y su huella dejada en los cursos que impartió, las entrevistas que concedió y la traducción de su obra que se inició. Además de algunas semblanzas presentadas del autor y su obra, su enfoque crítico ha quedado englobado bajo el signo de la “diferencia”¹¹ y explicado en su crítica a la incursión epistemológica de la historia realizada por Paul Veyne en su libro sobre *¿Cómo se escribe la historia?*¹²

Es verdad que todo proyecto editorial parte de un diagnóstico y de la búsqueda de un público. Éste podría quedar sintetizado en la siguiente cuestión: ¿cómo poder conformar un espacio de comprensión y criterios de validación más complejos y menos sectarios o fragmentarios para todos aquellos interesados en las historias mexicana e hispanoamericana, nacionales o extranjeros?¹³

¹¹ MENDIOLA, 1993, pp. 9-31.

¹² CERTEAU, 1993, pp. 103-116.

¹³ KNIGHT, 1998, pp. 192-200.

Hasta el momento la serie analizada de *Historia y Grafía* presenta una red de líneas de interés y de comunicación entre historiadores, aun cuando muchas de las colaboraciones puedan provenir de diferentes campos disciplinares. El punto de convergencia es la historia, palabra por demás compleja.

La historia como su término lo indica nace ambigua y equívoca. No se sabe si se refiere al relato de las cosas pasadas o al acontecer mismo. En todo caso muchas de las discusiones que se generaron en el origen de la historia-ciencia y aspiran a estabilizar su sentido dentro del patrón del conocimiento experimental, se relacionan con la necesidad de romper la ambigüedad de una disciplina que se mueve entre la historia y la literatura, entre la historia y el arte, entre la ciencia y la ficción, entre la erudición y la divulgación y entre las humanidades y las ciencias sociales. Muchos de estos dilemas aparecieron desde el nacimiento de la historia en el siglo XIX en Europa y encontraron eco creciente en la órbita de lengua española. No faltaron metodólogos o teóricos que se preocuparan de traducir o de elaborar reflexiones y concepciones dirigidas a iluminar o saldar la discusión en un sentido o en otro. Sin embargo, la dualidad parece ser ya constitutiva de un mal endémico o crónico de la disciplina. Es verdad que dado lo intrincado del problema la mayoría de los cultivadores de la historia-ciencia, han tendido a dejar a un lado cualquier consideración teórica considerándola como superflua o innecesaria. A falta de un debate serio, queda finalmente la bifurcación tradicional que domina la ciencia histórica contemporánea, entre la teoría y la investigación empírica del pasado.

Sin embargo, parecería que esta resolución sólo ha pospuesto un problema que siempre reaparece: ¿cómo construir las bases de un auténtico diálogo contemporáneo sobre el pasado? ¿Cómo construir una esfera de opinión pública historiográfica auténticamente democrática respecto a los incidentes y formas de recibir y leer el pasado que nos determina? Si hasta hoy las formas de consenso o de autoridad se han construido con base en las famosas fuentes documentales o pruebas autorizadas, lo que de ahí

se sigue es sólo la polarización en un sinnúmero de subespecialidades que pueden correrse hasta el infinito, o en relación con el número de inquisidores de fuentes que tiendan a multiplicarse conforme se vayan teniendo a su disposición, una variable que tiende a complejizarse con las nuevas tecnologías de la información. El estudio del pasado en vez de acercarse a los contemporáneos tiende a polarizarlos en una infinidad de discursos inconexos.

Una de las principales novedades de los debates historiográficos recientes es que cada vez hay más historiadores interesados en participar activamente en los dilemas antes señalados. Desde los ochenta cada vez hay más historiadores comprometidos con esta reflexión. Cada vez hay más historiadores interesados en la "teoría" sin significar por eso el abandono de la investigación empírica.¹⁴ Éste es uno de los cambios centrales que parecen observarse en esta nueva generación en relación con la que deslindó la historia de la filosofía e hizo la reflexión sobre el oficio de la historia un asunto de "filósofos".

Creo que éste es el contexto más específico en que nació *Historia y Grafía*. Significa un esfuerzo de autoapropiación del oficio, rompiendo la dependencia indiscriminada del material documental y de las otras disciplinas para poner de nuevo en el centro la relación que hay entre la palabra historia y todo lo que pasa o puede pasar en su alrededor. Pero hay otro aspecto sin el cual no se entiende esta nueva centralidad de la historia que es la necesidad de su propia historización: el reconocimiento de que esta forma de historiar no es sino una forma peculiar, de ningún modo extensible a otras épocas u otros lugares. La revista *Historia y Grafía* es, en ese sentido, una publicación de encrucijada: un espacio abierto al debate de cara a la construcción del futuro en la que los historiadores también están inmersos.

¹⁴ Además de historiadores como Hayden White, Roger Chartier, Robert Darnton o Frank Ankersmit, se pueden mencionar otros casos como el de la historiadora estadounidense Lynn Hunt. Véanse APPLEBY, HUNT y JACOB, 1998, y BONELL y HUNT, 1999.

¿Qué ha ofrecido *Historia y Grafía* a sus lectores hasta ahora? ¿Qué preguntas, qué cuestiones han podido interesar más?

Cada uno de los números contiene un expediente centrado en alguna temática binaria o en algún lugar de tránsito entre tiempos políticos, económicos, sociales o culturales. Vista en conjunto se presenta como un espacio en el que se han exhibido trabajos buenos, excelentes o menos buenos, pero todos sujetos y abiertos al escrutinio o bien provistos para colaborar con un señalamiento valioso o de interés sobre algún tema o investigación. Además de hacer lo propio de la historia —incursionar en el pasado— cumple con la condición de la historiografía moderna: la necesidad de responder a las demandas y exigencias impuestas por el mismo presente de la actividad científica. Los expedientes se completan con una sección de ensayos diversos que o bien pueden significar el apunte de algún futuro tema, o bien pueden acompañar líneas previamente trazadas.

Hasta el momento se han publicado los siguientes

<i>Expedientes</i>	
I	Michel de Certeau: Historia y alteridad
II	Historia y literatura. Disidencias políticas
III	Disidencias políticas
IV	Historia e imagen
V	Haciendas y hacendados
VI	México. De los siglos XVIII-XIX. Rupturas y continuidades
VII	Los jesuitas: la prueba del tiempo
VIII	Marginados, integrados y condenados
IX	De la corporeidad en la historia
X	Las culturas de la historia
XI	Propietarios y empresarios regionales ante la configuración del Estado-nación. Argentina y México (1850-1920)
XII	Historia y subalternidad
XIII	Proyectos modernizadores y resistencia en los siglos XVIII-XX
XIV	Conformación de la cultura católica. Siglos XIX-XX
XV	Teoría e historia. Historia y teoría

Cada uno de los expedientes ha contado con un responsable. En principio han tendido a quedar en manos de algún miembro del Departamento de Historia de la UIA, sin embargo, en algunos casos se ha ofrecido su espacio a la colaboración externa, en particular, a alguno de los miembros del Comité Editorial.¹⁵

Los títulos de los expedientes reflejan el contenido de lo que ha sido la publicación. Con base en ello se puede decir que nueve de los expedientes han estado dedicados a la historia cultural (o acercamiento más antropológico a la historia), uno a la historia política, cuatro a la historia socioeconómica y uno a las relaciones entre teoría e historia. En conjunto constituyen un arsenal de ideas y aproximaciones metodológicas a nuevos cuestionamientos y puntos de interés. Da cuenta de un movimiento al interior de la institución, pero también del medio historiográfico en general.

No obstante, creo que esta primera descripción se puede profundizar y mirar con más detenimiento. De acuerdo con la concepción de la publicación he dividido las colaboraciones más puntualmente en cinco rubros o formas cómo se ha realizado el acercamiento a la historia:¹⁶ *A.* Teoría de la historia; *B.* Historiografía; *C.* Historia cultural; *D.* Otras historias (política, social, económica, diplomática y de la cultura), y *E.* Varios (testimoniales y memorabilia...)

Es evidente la dificultad para clasificar las diversas colaboraciones en casillas demasiado rígidas; o establecer esa clase de secuencia en el ordenamiento. En principio, todos sabemos que la historia tiene muchas caras y que el orden y la selección tienen siempre un toque "personal". En

¹⁵ Cuatro expedientes fueron coordinados por Alfonso Mendiola, tres por Guillermo Zermeño (uno de éstos con John Kraniauskas), dos por Valentina Torres Septién (uno con Leonor Correa), y los demás por Ilán Semo, Ricardo Rendón, Perla Chinchilla, Laura Pérez/Jean Dale Lloyd, Brígida von Mentz y Mario Cerutti.

¹⁶ Para este ejercicio he dejado fuera la sección de reseñas que requeriría un tratamiento especial así como las colaboraciones situadas en "varios". He incorporado los debates o las entrevistas en los items en los que creo les correspondería su lugar.

este caso el orden del listado pretende ajustarse al espíritu que rodea a *Historia y Grafía* según lo que se ha tratado de explicar en los puntos anteriores. Así, en los extremos de la tabla propuesta aparecen las posturas que, en nuestro medio, generalmente tienden a verse como irreconciliables o contienen un alto grado de complejidad en la práctica del historiador. En uno de sus lados está la teoría y, en el otro, el reconocido como el campo propio de la investigación histórica. En la parte de en medio aparecen la historiografía y la historia cultural pensando en que esta preocupación que distingue a *Historia y Grafía*, puede verse como una especie de puente o lugar de encuentro de los extremos en que se suele mover la historiografía académica. De hecho, la publicación se planteó como un espacio abierto y plural, un espacio, como puede ser la traza urbana de una ciudad, en el que el espectador pueda distinguir diversos tipos de edificaciones y que, eventualmente, pueda contrastar algunas formas de aproximación al pasado. Quizá esta actitud inicial, acorde con las condiciones desde donde emerge, puede prestarse a dar la impresión de una cierta indefinición en el proyecto.¹⁷ En parte hay algo de razón en ello y fue el motivo de haber trazado algunas líneas respecto al triple contexto en el que surge. En otro sentido, simplemente se partía de lo dado: la revista significaba también entrar en un viaje de elucidación relacionado con la ruta más adecuada hacia la historia a partir de las condiciones, problemas y cuestiones vigentes en los medios nacional e internacional.

Es evidente también que cada uno de los rubros se relaciona más con alguna disciplina que con otra: que la teoría de la historia se emparenta más con la filosofía que con la economía, o que la historiografía naturalmente tiende hacia los estudios literarios y que la historia cultural se encuentra en casa con cierto tipo de sociología y antropología. Sin embargo, lo mismo se puede decir de las "otras historias" que buscan naturalmente su complemento en la ciencia política o en la economía, en la teoría sociológica

¹⁷ YOUNG, 1999, pp. 214-215.

o en las artes y la estética. Sólo para reiterar lo que ya se sabe: la frontera que existe entre la historia y las disciplinas sociales y humanas es tan tenue que hace muy difícil proponer una clasificación demasiado rígida. Sin embargo, si bien la teoría se identifica con la filosofía, no hay que olvidar que en una y en otra rigen distintos códigos comunicativos que llevan a resultados diversos cuando se trata de hacer historia.

Al revisar las páginas de la publicación y sopesar cada una de las colaboraciones de acuerdo con la tabla propuesta se ve, por tanto, la necesidad de hacerlo con gran cuidado. Puede haber aportaciones que perteneciendo genéricamente a la "historia cultural", por la forma de usar la documentación podrían estar más bien próximos a formas de la historia económica o social clásicas. O a la inversa: trabajos de historiografía o de historia política o económica aproximarse más a los problemas y cuestiones de la historia cultural. De modo que, aun cuando se han tenido que ubicar en alguna de las casillas, se pueden detectar en los artículos indicaciones que invitarían a situarlos en la parte superior o inferior de la tabla. Así se tiene, que artículos que para el sentido común son "demasiado teóricos" o de "historiografía" podrían verse en sentido estricto como trabajos de historia cultural; pero también puede darse el caso contrario, de artículos de historiografía que se orientan en el sentido de servir de soporte a los trabajos canónicos de las "Otras historias".

La teoría de la historia y la historiografía se entrecruzan especialmente cuando es realizada por historiadores que reflexionan sobre la práctica de la escritura de la historia. Por otro lado, existe el campo de la epistemología o teoría del conocimiento histórico como una particularidad de la teoría de la historia que requiere de la competencia de especialistas vinculados con la filosofía de la ciencia y del saber en general, o de especialistas preocupados con la lingüística o la filosofía en general, pero que unen su interés al de los historiadores como es el caso claro de Paul Ricoeur.¹⁸

¹⁸ Al respecto es muy sugerente, aunque abierta a la discusión, la pro-

Algo similar podría decirse de las relaciones entre los trabajos de historiografía y los de historia cultural. Especialmente cuando los historiadores se preguntan no sólo por aquello de lo que nos informan los textos, sino también por el modo como lo dicen. El paso decisivo para decirlo brevemente con palabras de François Hartog está dado por el desplazamiento “de la lingüística de la lengua a la de la enunciación”.¹⁹ Este pequeño paso de orden cualitativo marca una de las diferencias fundamentales que puede haber entre la tradicional historia de la cultura y la historia social atravesada por el orden comunicativo o cultural. Antes y después de Saussure, que en la lingüística señala el paso del estudio de la lengua al habla. Se trata del punto nodal que permite abrirse a la comprensión de las sociedades parlantes y/o letradas creadoras de “practicantes” a través de los signos de la cultura. En ese sentido el acercamiento de la pragmática lingüística parece proporcionar, por el momento, la vía metodológica más apropiada para quienes pretenden historizar lo que sucede dentro de la historia o acontecer humano. En esa medida es inevitable que los historiadores se entrecrucen con autores dedicados a los estudios literarios o de carácter antropológico y etnográfico, como en el caso ejemplar de Eric Van Young.²⁰ Una mirada historiadora indica al mismo tiempo una delimitación necesaria y las debidas precauciones cuando se entra en la discusión acerca de las relaciones que hay entre historia y literatura. En las páginas del número 2 de la revista se puede observar que no todo análisis de textos corresponde propiamente a un in-

puesta de Carlos MENDIOLA, 1998, quien desde la “filosofía” aporta sus conocimientos para el esclarecimiento del estatuto de la historiografía en *Historia y Grafía*, 6, 1995, pp. 171-182.

¹⁹ MENDIOLA, 1998, pp. 154-155. También puede revisarse el ensayo de MENDIOLA y ZERMEÑO, 1998, pp. 165-206.

²⁰ YOUNG, 1995, pp. 165-193. Es alentador encontrar historiadores como Van Young, quien se confiesa como un positivista lleno de dudas, y que no obstante su prestigio bien ganado, arriesga sus seguridades intelectuales para enfrentar los nuevos retos que tiene actualmente, establecer la verdad del pasado.

terés historiográfico.²¹ Lo mismo se puede decir cuando se trata en algunos casos de hacer historia de la filosofía o del pensamiento, o de las mentalidades.

Asimismo, se dibuja otra distinción dentro de la historia cultural —que ha dado lugar a diversos debates— entre el acercamiento tradicional a la historia de la cultura o historia de las ideas y la propuesta de una nueva historia cultural. Algunos de los ensayos de historia cultural podrían situarse más bien en lo que se conoce como historia de las ideologías. No basta recoger lo que se ha dicho por medio de algún órgano de prensa o informativo en general. Se ve la conveniencia de hacerse preguntas relacionadas con el lector, el público o el espectador, para intentar acercarse a la historia de la sociedad mediante la identificación de los circuitos comunicativos. Éste es sólo un señalamiento acerca de la necesidad de debatir sobre algunos problemas metodológicos que se han abierto recientemente en la historiografía contemporánea con el único fin de esclarecer el lugar social que le corresponde actualmente.

Un fenómeno similar podría presentarse si se procede a la inversa, es decir, desde la “base” de la tabla hacia arriba. Algunos de los trabajos agrupados bajo el rubro de “Otras historias” podrían asimilarse a los planteamientos de la historia cultural o de la historiografía. La distinción básica se presenta a partir de una historia política acostumbrada a relatar los hechos e ideas de algún individuo o de alguna colectividad, de procesos o eventos fundamentalmente de orden jurídico-institucional. A esta perspectiva se contrapondría otra clase de historia política que contempla la misma producción social de las ideas políticas recibidas por el investigador y que son sólo el punto de partida para acercarse con menor ingenuidad a los llamados “datos duros” de la historia. La distinción entre dato recibido y dato producido abre la puerta también a un debate que dentro de la tradición historiográfica generalmente no ha sido recogido del todo. Al enfoque más “culturalista” de la historia

²¹ Esta tensión o disparidad se puede observar en las páginas dedicadas a las relaciones entre historia y literatura. *Historia y Grafía*, 2, 1994.

política, se le objeta que se trata más de historiografía; que se hace a partir de “fuentes secundarias” y no como se acostumbra en la investigación histórica. Precisamente, uno de los puntos centrales del debate contemporáneo es acerca del estatuto o carácter de las fuentes de la historia. Se podría ver como una de las condiciones para intentar escribir de otra manera la historia política o de trazar las relaciones que existen entre la historia y la política.²²

Las semblanzas de historiadores presentadas en esta primera serie de *Historia y Grafía* podrían ser parte de la historia cultural en la medida en que se conectan con la historia de los intelectuales —esos especialistas modernos dedicados a la producción de “ideas”. No obstante, podrían también confundirse con la tradicional historia de la historiografía. Lo que podría separar a unas de otras es entre otras cosas, la idea de progresión y discontinuidad. De acuerdo con Paul Veyne, es ese punto lo que separaría la obra de Foucault de la de otros historiadores.²³

La propuesta de ubicar a la sección de en medio de la tabla —la historiografía vinculada con la historia cultural— como una especie de lugar de mediación entre la “teoría” y la “investigación empírica” presupone el objetivo central de restaurar y facilitar el diálogo intradisciplinario. También es una invitación a disponer de una noción de cultura más compleja, que no se reduce a la observación de lo curioso o folklórico.²⁴ Este aspecto es el que puede generar la impresión de que esta famosa “historia cultural” no es tan nueva como se pretende, o que sus formas se asemejan a la vieja historia erudita o anticuaría. Sin

²² Éstas son algunas sugerencias presentes en el artículo de SEMO, 1994, pp. 77-95.

²³ “Nadie pone en duda que ese filósofo es uno de los mayores historiadores de nuestra época, pero también podría ser el autor de la revolución científica que perseguían los historiadores. Positivistas, nominalistas, pluralistas y enemigos de las palabras acabadas en ‘ismo’, lo somos todos: él es el primero que lo es del todo. *Es el primer historiador totalmente positivista*”. Citado por MARTIARENA, 1993, p. 129. (El énfasis es mío.)

²⁴ Al respecto véase el artículo del sociólogo alemán, LUHMANN, 1997, pp. 11-33.

duda la historia de la cultura puede asociarse a la historia de los hechos sociales y políticos en la medida en que el pasado es concebido como un espacio vacío que va siendo cubierto por los hallazgos del investigador. Más bien, alrededor de la historia cultural tiene lugar la confrontación de una historia-verdad que se le ofrece al historiador no de manera inmediata, sino fundamentalmente como producción social. De ahí la importancia de la “teoría” para la historia cultural.

Si el conocimiento histórico se fundamenta en la idea del vacío o laguna siempre por llenar, el pasado se presenta como un espacio abierto, entregado al historiador-colonizador; un espacio al que se le atribuye de antemano una realidad preestablecida. Por el contrario, la historia cultural concibe al pasado como una entidad que el presente va moviendo siempre consigo mismo, a la vez que lo va constituyendo. Por esta razón el pasado será siempre inabarcable e inobservable en términos espaciales. De un modo u otro siempre aparecerán vacíos cognoscitivos, conforme el presente se mueve. Salir a buscar las evidencias para cubrir nuestras lagunas es desconocer que en la historia no hay tales vacíos, sino sólo un *continuum* de historias vividas y de historias posibles. Aquí se abre, me parece, uno de los puntos más sensibles de la discusión contemporánea: si entender a la historia como un discurso del pasado o un discurso sobre el pasado.

Tampoco son los temas los que definen a la historia cultural, sino el modo de situarse y de tratar a las fuentes. Según sea el tratamiento al que se las someta, se podrá producir una historia historizante o una historia sin historia. Es una cuestión que el historiador mexicano Edmundo O'Gorman ya planteaba con toda agudeza durante la década de los años cuarenta.²⁵ Como historiadores no se puede negar que el campo de la teoría de la historia (epistemología) no es el propio de la Historia —la sociedad industrial produjo también una división social dentro del trabajo intelectual. Sin embargo, eso no significa que de

²⁵ O'GORMAN, 1945, pp. 167-187.

manera similar al de otros campos de la ciencia, sea aconsejable desatender los debates sobre la verdad de la historia, ya que buena parte de su legitimidad y credibilidad se juegan en ese punto. Es en ese sentido que el espacio de la historia cultural puede colaborar a resolver algunos de los dilemas y de las paradojas actuales de la historiografía.

De acuerdo con las anotaciones y salvedades anteriores, una revisión de la publicación nos lleva a los siguientes resultados. Se trata, como se indicó, de una lectura que intenta su clasificación sin alterar demasiado el sentido que le dio origen.

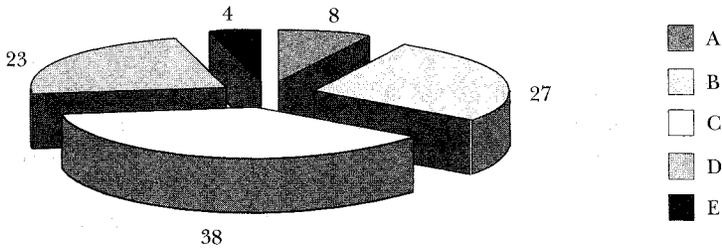
Clasificación por géneros historiográficos

A. Teoría de la Historia; B. Historiografía; C. Historia cultural; D. Otras historias (política, económica, social y de la cultura...), y E. Varios (obituarios y memoria del cine...)

	I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X	XI	XII	XIII	XIV	XV	Total	Porcentaje
A	2	2	1	1		1		1						1	2	11	7.86
B	1	5	4	4	1	1	5	1	1	3	2	5	1		4	38	27.14
C	4		1	8	2	2	5	3	8	4	1	3	3	6	3	53	37.86
D	1	2	5	1	7	4		3			3		4	2		32	22.86
E		1			1			2				2				6	4.29
	8	10	11	14	11	8	10	10	9	7	6	10	9	8	9	140	100.00

Como se indica en la gráfica 1, un porcentaje menor estuvo dedicado propiamente a trabajos de teoría de la historia (8%). La mayor parte se concentró en artículos relacionados con la historia cultural (38%), cifra que se incrementa si se asume que muchos trabajos ubicados bajo el rubro de historiografía (27%), están emparentados con el enfoque de la historia cultural. En ese caso se corroboraría que la particularidad de *Historia y Gráfica* se encuentra en el campo de la historia cultural (65%). Es verdad que sus páginas han recogido también "otras historias" (23%), pero éstas han sido siempre en menor proporción.

Gráfica 1
DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL POR GÉNEROS HISTORIOGRÁFICOS

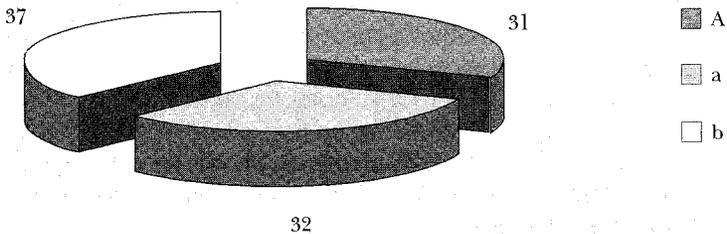


Colaboraciones según procedencia institucional del investigador

A. Internas (Universidad Iberoamericana) y B. Externas: a) nacionales y b) extranjeras.

	I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X	XI	XII	XIII	XIV	XV	Total	Porcentaje
A	1	4	3	2	3	2	3	3	5	2	1	3	5	1	5	43	30.71
B																	
a	3	2	5	5	5	2	3	4	2	1	2	1	1	6	3	45	32.14
b	4	4	3	7	3	4	4	3	2	4	3	6	3	1	1	52	37.14
	8	10	11	14	11	8	10	10	9	7	6	10	9	8	9	140	100.00

Gráfica 2
COLABORACIONES SEGÚN PROCEDENCIA INSTITUCIONAL DEL INVESTIGADOR



En este caso se observa casi un equilibrio entre las participaciones internas y las externas, nacionales y extranjeras. Aunque se destaca el mayor número de colaboraciones provenientes de instituciones extranjeras (37%), y una creciente aportación de los investigadores locales o de la Universidad Iberoamericana (31%). Se advierte cierto equilibrio en cuanto a las interrelaciones de los tres grados de participación institucional propuestos.

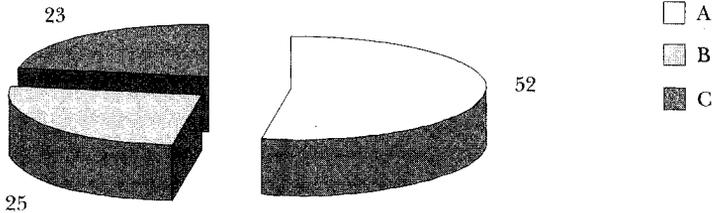
Traducciones. A. Inglés, B. Francés y C. Otros (portugués, italiano, holandés y alemán...)

	I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X	XI	XII	XIII	XIV	XV	Total	Porcentaje
A		2	2	3	1	2		1		2	1	6	1			21	52.50
B	2		1	3			2		1				1			10	25.00
C			1				1	2	1	1	1			1	1	9	22.50
	2	2	4	6	1	2	3	3	2	3	2	6	2	1	1	40	100.00

Del total de las colaboraciones 28.5% se ha debido a trabajos de traducción. De éstos sobresale, como se indica en la gráfica 3, las de habla inglesa (52%), le siguen las francesas (25 por ciento).

Gráfica 3

DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE TRADUCCIONES SEGÚN EL IDIOMA



ALGUNAS CONCLUSIONES

La revisión y el inventario de los primeros siete años de vida de *Historia y Grafía* dejan ver la vitalidad actual de la historio-

grafía mexicana. Ésta se refleja en cada uno de los artículos y en la dificultad para ajustar a cada uno de ellos dentro de un esquema demasiado rígido. Hay una conciencia creciente acerca de la complejidad que significa hoy hacer historia, y de las tensiones que se originan por la gran cercanía que existe entre este oficio y las demás disciplinas humanísticas y sociales. Alrededor de la historia pueden circular las diferentes ramas del conocimiento humano y sociológico y las distintas épocas y áreas geográficas. Los artículos de *Historia Mexicana* comparten sus páginas con otros consagrados a problemas internacionales o interculturales y con otros dedicados a temas de otras áreas geográficas. Además, se ha incorporado la mirada sobre sí misma: aquello que la constituye como su objeto y el terreno sobre el que realiza su obra.

La aparición y desarrollo de *Historia y Grafía* se puede leer como el síntoma de una institución, pero también de una época. Toda publicación nos habla del tiempo en que se produjo, a la vez que es una invitación a fabricar algo distinto, o a imaginar posibilidades no previstas del todo en el presente. Toda tarea historiográfica se pregunta en el fondo por la relación que guarda con los apremios del presente.

Por otro lado, queda abierta una de las cuestiones centrales que se ha tratado de mostrar en este ensayo. ¿Es la historia cultural un dispositivo adecuado para volver a reunir los extremos que hay entre la teoría y la investigación empírica? ¿La historia cultural contiene los ingredientes necesarios para convertirse en un lugar de encuentro y de diálogo intra e interdisciplinario?

REFERENCIAS

ALCÁNTARA, Susana

1986 *Reseña del Departamento de Historia*. México: Universidad Iberoamericana.

APPLEBY, Joyce, Lynn HUNT y Margaret JACOB

1998 *La verdad de la historia*. Barcelona-Santiago: Andrés Bello.

BONELL, Victoria y Lynn HUNT (comps.)

- 1999 *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture*. Berkeley: University of California Press.

Catálogo

- 1994 *Catálogo de Publicaciones, 1973-1994*. México: Departamento de Historia, Universidad Iberoamericana.

CERTEAU, Michel de

- 1993 "Una epistemología en transición: Paul Veyne", en *Historia y Grafía*, 1, pp. 103-116.
- 1995 *La toma de la palabra y otros escritos políticos*. México: Universidad Iberoamericana.

DOSSE, François

- 1887 *L'Histoire en miette*. París: La Decouvert.

FLORESCANO, Enrique

- 1995 *El nuevo pasado mexicano*. México: Cal y Arena.

GALINDO CÁCERES, Jesús (coord.)

- 1998 *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Addison Wesley Longman.

IGGERS, George G.

- 1997 *Historiography in the Twentieth Century. From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge*. Hanover/Londres: Wesleyan University Press.

KNIGHT, Alan

- 1998 "Latinoamérica: un balance historiográfico", en *Historia y Grafía*, 10, pp. 192-200.

LUHMANN, Niklas

- 1997 "La cultura como un concepto histórico", en *Historia y Grafía*, 8, pp. 11-33.

MARTIARENA, Óscar

- 1993 "Foucault y la historia", en *Historia y Grafía*, 3, p. 129.

MENDIOLA, Alfonso

- 1993 "Michel de Certeau: la búsqueda de la diferencia", en *Historia y Grafía*, 1, pp. 9-31.
- 1998 "François Hartog: el nacimiento del discurso histórico occidental", en *Historia y Grafía*, 11, pp. 154-155.

MENDIOLA, Alfonso y Guillermo ZERMEÑO

- 1995 "De la historia a la historiografía. Las transformaciones de una semántica", en *Historia y Grafía*, 4, pp. 245-261.
- 1998 "Hacia una metodología del discurso histórico", en GALINDO CÁCERES, pp. 165-206.

MENDIOLA y ZERMEÑO

- 1998 "Hacia una metodología del discurso histórico", en GALINDO CÁCERES, pp. 165-206.

NOIRIEL, Gerard

- 1996 *Sur la "crise" de l'histoire*. París: Belin.

NOVICK, Peter

- 1997 *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora (traducción de Gertrudis Payás e Isabel Vericat). 2 vols.

O'GORMAN, Edmundo

- 1945 "Cinco años de historia en México", en *Filosofía y Letras*, x:2, pp. 167-187.

SEMO, Ilán

- 1994 "El cardenismo: gramática del sobreviviente", en *Historia y Grafía*, 3, pp. 77-95.

YOUNG, Eric Van

- 1995 "El Lázaro de Cuautla. Dobles subjetivos al leer textos sobre la acción popular colectiva", en *Historia y Grafía*, 5, pp. 165-193.
- 1999 "The New Cultural History Comes to Old Mexico", en *The Hispanic American Historical Review*, 79:2 (mayo), pp. 214-215.